

# La soberanía en Sade, una representación de la monstruosidad

Andrea Torrano

*Universidad Nacional de Córdoba – CONICET, Argentina*

**Abstract.** En este trabajo nos proponemos mostrar cómo la noción de soberanía en Sade es representada a partir de cierta idea de monstruosidad. El soberano es un ser impulsado por una fuerza destructiva –la negación de todo y de todos– que le permite afirmarse a sí mismo. Esta tensión entre negación y afirmación lo conducen a paradojas que estarían contenidas en la noción de soberanía. El soberano es un monstruo porque no reconoce a nadie ni a nada por sobre él o su interés.

El confinamiento al que Sade estuvo condenado la mayor parte de su vida<sup>1</sup> y la Revolución francesa, son dos de las temáticas que pueden encontrarse –aunque generalmente de manera implícita– en su obra. Donde desafía todos los límites, ridiculiza lo sagrado, destruye la moral. Sade pone en evidencia esa “parte maldita” que constituye lo humano. Ese mal y el deseo de destrucción es lo que autores como Bataille, Blanchot, Klossowski y, posteriormente, Foucault analizaron en el pensamiento sadeano.

**Keywords:** Sade; Soberanía; Monstruosidad; Despotismo; Criminalidad.

## I. El soberano libertino

La obra de Sade pone de manifiesto la constitución del hombre soberano, de una soberanía – como intentaremos mostrar– ligada a la monstruosidad. Esta constitución se alcanza a partir de una sucesión de negaciones. El soberano niega a Dios, a la naturaleza y a los otros hombres; convirtiéndose, en términos de Blanchot, en un “ser Único”, déspota y apático.

La noción de soberanía no debe entenderse del modo tradicional, como soberanía de los Estados, sino “en un aspecto opuesto, en la vida humana, al aspecto servil o subordinado” (Bataille, 1996, 63). Al hablar del soberano, no estamos haciendo alusión a la soberanía institucional, por el contrario, se trata de una soberanía personal. En este sentido, el soberano sadeano es el que niega toda prescripción, quien no se somete a nada ni a nadie.

El soberano, para constituirse en tal, debe negar primeramente a Dios. El aporte de Klossowski en *Sade, mi prójimo* es en este sentido relevante, porque presta central atención a la relación del pensamiento sadeano con Dios. Esta negación no debe concebirse como un simple ateísmo sino más bien como un desafío constante y un odio infinito. Para el “hombre

---

<sup>1</sup> La serie de detenciones de Sade comenzó en 1763 (tenía 23 años) y terminó con su muerte en 1814. La primera detención en Vincennes y La Bastilla hasta su liberación en 1790 por la Revolución, tuvo como señala Barthes en *Sade, Fourier, Loyola* (1997) una significación moral (bajo el efecto de una orden del rey –*lettres de cachet*– emitida por pedido de su suegra Madame Montreuil). Su segunda detención, de 1801 hasta su muerte en Sainte-Pelagie, Bicêtre y Charenton (estos dos últimos, hospicios) fue política y moral, es el Estado burgués que lo hace encerrar.

integral” –como llama Klossowski al soberano– no existe peor amenaza que Dios (Cf. Klossowski, 2005: 54)<sup>2</sup>.

Ahora bien, Sade niega a Dios y lo sustituye por la naturaleza. La omnipotencia de Dios es reemplazada por el poder de la naturaleza. En *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* (1782), este último manifiesta:

“Creado por la naturaleza con gustos muy vivos, con pasiones muy fuertes; colocado en este mundo únicamente para librarme a ellas y para satisfacerlas (...) no me arrepiento más que de no haber reconocido suficientemente su omnipotencia” (Sade, 2005: 53).

Frente a Dios que representa la quietud, la naturaleza se presenta como el movimiento perpetuo. Frente a Dios que representa la moral, la naturaleza aparece a los ojos de Sade como posibilidad de expansión de todas las pasiones del hombre. Es en este sentido, que en *La filosofía en el tocador* (1795) Dolmancé expresa:

“Si está probado que el hombre sólo debe su existencia a los designios de la naturaleza (...) y cuya propia existencia no es deudora de nadie; (...) si está probado que la existencia de Dios es imposible y que la naturaleza, siempre activa, deriva de sí misma lo que a los tontos gusta atribuir gratuitamente a ese Dios; si es cierto que, suponiendo que exista, ese ser inerte sería seguramente el más ridículo de todos los seres, porque sólo hubiese servido un solo día y desde hace millones de años se encontraría en una inacción despreciable” (Sade, 2002: 38).

Sin embargo, la relación del soberano con la naturaleza es compleja. Podemos decir que en un segundo momento, el soberano se ve obligado a extender su negación a ella. Esto se debe a que si bien ésta destruye –por lo cual es posible identificar su acción con la del soberano–, no obstante, lo hace para crear nuevamente. Pero el soberano no (pro)crea nada, de allí el elogio de Sade a la sodomía, y si lo hace se debe a “una licencia de la naturaleza” (Sade, 2002: 107). Contrariamente, la actividad de la naturaleza es la perpetua creación-destrucción. En consecuencia, la aniquilación que produce, por ejemplo, el crimen sirve a la naturaleza para poder crear vida. Y aquí podemos decir que “sirve” en un doble sentido, por un lado, porque la destrucción permanente es necesaria para que la naturaleza mantenga su movimiento. Por otro, y en relación a éste, porque la acción destructiva del hombre es servil a ella, en tanto se inscribe en su proceso. En el poema titulado *La verdad* (1787) Sade dice:

“Todo agrada a la naturaleza: necesita delitos.

---

<sup>2</sup> No obstante, Klossowski señala que en *El Diálogo entre un sacerdote y un moribundo* Sade aún cree en la posibilidad de mantener categorías morales, sin extraer las consecuencias que pueden resultar de la inexistencia de Dios. Mientras que en *Justine* no sólo aparecen categorías morales sino también categorías cristianas, es el núcleo de donde brota la filosofía sadeana (Klossowski, 2005: 75-76).

También la servimos cometiendo crímenes.  
Cuando nuestra mano ataca ella la estima más.  
Usemos los poderosos derechos que ejerce sobre nosotros  
Entregándonos sin cesar a las más monstruosas aberraciones” (Sade, 2005: 22-23).

Es por ello que el soberano se ve obligado a negar a la naturaleza, porque mientras él más destruye, más crea ésta. Por lo cual, la acción criminal lo que en realidad hace es intensificar (del lado negativo) el proceso de la naturaleza, obligando a ésta a aumentar su poder de creación para mantener el equilibrio. En efecto, el soberano sadeano se alza sobre la paradoja de no reconocer a nadie por sobre él, de seguir sus pasiones, pero, sin embargo, en cada acción que emprende contribuye al movimiento de la naturaleza aún sin desearlo (Cf. Blanchot, 1977: 45-46). Según señala Klossowski, las pasiones del hombre en este sentido tendrían un alcance trascendental: “si el hombre cree satisfacerse obedeciéndolas, no hace en realidad sino satisfacer una aspiración que sobrepasa su individualidad” (Klossowski Klossowski, 2005: 91).

Así llegamos a lo que podemos denominar una tercera negación, donde el soberano niega a los demás hombres. Esto es, los niega en tanto soberanos, pero los reconoce como objetos. Por eso el soberano es un “ser Único”, ya que para constituirse en tal debe reducir a los otros hombres a cosas. En este sentido expresa Blanchot en *Sade y Lautrémont*: “Ser dueño de mí” significa “ser dueño de los demás”, de allí que la independencia del soberano no provenga de la autonomía sino de la dependencia de los otros a él, los necesita aunque más no sea para reducirlos a nada (Blanchot, 1977: 34-35). Esto lo lleva a señalar que el soberano es un *déspota*, porque la negación de su espíritu consiste en el ejercicio de todo su poder o energía, que es a la vez reserva y gasto de fuerzas, sobre los otros hombres (Cf. *ibid.*: 48). Pero se trata de un poder que nunca se agota, que el mismo ejercicio hace que aumente su potencia. Por eso, el soberano debe ejercer todo su poder (destrutivo) para afirmarse. Y aquí, advertimos otra de las paradojas sobre las que se erige el soberano: en la negación está la afirmación.

Entonces, para convertirse en soberano debe negar a los otros hombres, para no ser objeto debe convertir a los demás en cosas. Sin embargo, como señala Germán García en *No hay regulación política del goce*, no se trata de una relación amo-esclavo. El amo hegeliano tiene toda una relación con la víctima: el esclavo lo reconoce, no lo reconoce, entabla una lucha, etc. Por el contrario, el libertino de Sade no tiene ninguna relación con la víctima. El soberano sadeano no se constituye como tal en una lucha a muerte, no hay nunca un enfrentamiento, sino sólo un ejercicio de poder desplegado sobre algo (no alguien) (Cf. García, S/F: 4). Esta reducción de la víctima a cosa hace que siempre sea sustituible por otra y, por

ello, indestructible. Es en este sentido que en *Justine* (1787) el Sr. de Bressac le dice a Thérèse:

“Respecto al crimen de la destrucción de un semejante, tenlo por seguro, querida muchacha, es puramente quimérico. El poder de destruir no se le ha concedido al hombre; posee como máximo, el de variar las formas pero no aniquilarlas” (Sade, 2008: 88).

Esta reducción de la víctima a cosa conlleva a la *apatía*. Como manifiesta Blanchot, la apatía no consiste sólo en destruir los afectos “parasitarios” –como la compasión, el arrepentimiento, etc.– sino también oponerse a la espontaneidad de cualquier pasión. Para que la pasión se convierta en poder es necesario que sea comprimida, que atraviese un momento de insensibilidad. Pero esta negación de parte de sí supone riesgos: se podría volver a la moral lo que anularía el poderío (como es el caso de Juliette –o la sra. de Lorsange– al final de *Justine* que se recluye en un monasterio de carmelitas) o encontrar la fuerza para aumentar la insensibilidad inventando nuevos excesos (como en *Las 120 Jornadas de Sodoma* donde se intensifican las perversiones en las sucesivas exposiciones de las “historiadoras”). Sólo en el segundo caso es posible hablar de soberanía. Donde puede advertirse otra paradoja: el soberano ejerce su poder para obtener placer, reúne en sí pasiones desenfrenadas, pero es insensible. Para Bataille, “la grandeza de Sade consiste en haber comprendido que el placer suponía, exigía, la negación de lo que constituye lo posible de la vida, y que era tanto más fuerte cuanto más violenta es la negación” (Bataille, 2008: 272).

Ahora bien, para Sade la máxima de acción –el argumento central de *Justine*– consiste en: *para la virtud todos los infortunios, para el vicio toda la prosperidad*. El hombre que puede gozar más allá de todo límite encontrará siempre la fortuna (un ejemplo de ello es Roland, el falsificador en *Justine*). El soberano sadeano no teme a las variaciones del azar, al cambio de suerte, porque es inaccesible al mal. Tampoco le teme a la ley porque aunque ésta amenace con castigarlo –incluso a riesgo de quitarle la vida–, el soberano puede convertir el castigo en recompensa (o goce). En relación a la amenaza de muerte, Bataille manifiesta que “todo hombre sigue siendo en potencia, un ser soberano, pero a condición de que prefiera morir antes de ser sojuzgado (...) Todo hombre es soberano si pone su vida en juego en su capricho” (Ibíd.: 232).

De acuerdo con lo expuesto, el soberano es único y éste es el sentido de su soledad. Nadie puede enajenarle el poder de gozar de sí mismo, ya que ha anulado a todos los demás para poder afirmarse. La violencia de las pasiones que sabe saciar en cualquier circunstancia asegura su soberanía, le hace sentir en todo momento, en la vida o al borde de la muerte, que

sigue siendo todopoderoso (Cf. Blanchot, 1977: 33). Si bien Sade expresa que no hay otro interés que el placer, olvida, como advierte Bataille en “*Sade, 1740-1814*”, que la base de esos cálculos es la despreocupación. El ser no está completamente dado a sí mismo, mediante la plenitud y la generosidad del placer, sino cuando abandona lo posible por lo imposible en la despreocupación. La vida de los hombres, continúa Bataille, es un diálogo entre lo posible y lo imposible, y “en la senda de lo imposible, lo que resulta imposible es detenerse” (Bataille, 2008: 269-272).

## II. Monstruosidad y criminalidad

En el proceso de negación que expusimos anteriormente, señalamos que para constituirse en soberano, el hombre debe negar primeramente a Dios. Klossowski en el capítulo “Sade y la revolución” señala que lo que éste quiere poner en evidencia es que el republicanismo se alza sobre la criminalidad. Esta sería la consecuencia de haber quebrado la jerarquía teocrática: Dios-rey-señor-siervo. En vísperas de la Revolución francesa el señor libertino se rebela contra el rey (representante temporal de Dios en la tierra) pero queriendo mantener sus privilegios y negando sus obligaciones. El siervo también se rebela y se convierte en su cómplice. Por tanto, siervo y señor se alían en la criminalidad que sienta los fundamentos de la república (Cf. Klossowski, 2005: 53-57). Aunque Bataille advierte la “imagen un poco artificiosa” de la lectura de Klossowski (Bataille, 2000: 159), no obstante, consideramos que es importante el análisis contextual y político que este autor realiza de la obra de Sade.

El crimen parece ser la única vía posible para la Revolución. Esto se debe a que, por un lado, el rey no reconocía el pacto social, por lo cual no se lo podía juzgar y, por otro, si era juzgado debía presumirse su inocencia, lo que amenazaba los motivos revolucionarios<sup>3</sup>. Pero Sade, más que justificar el regicidio, quiere demostrar que los revolucionarios son parricidas. Según Klossowski “Sade quería sustituir la fraternidad del hombre natural por esta solidaridad del parricidio” (Klossowski, 2005: 59). En *La filosofía en el tocador*, Sade expone a través de las palabras de Dolmancé un elocuente opúsculo titulado “Franceses, un esfuerzo más, si queréis ser republicanos”. En el primer capítulo escribe sobre la religión, quiere demostrar que a un gobierno republicano no le conviene el teísmo y señala ciertas medidas que deberían tomarse como la supresión de la familia, las uniones libres, la nacionalización de los hijos. En el segundo capítulo, sobre las costumbres, argumenta que al conceder la libertad de conciencia y de prensa, se debe conceder la libertad de actuar, que también implicaría la aceptación de la

---

<sup>3</sup> Entre 1792 y 1793 hubo toda una discusión acerca del proceso del rey Luis XVI. Algunas de las manifestaciones fueron: “El derecho contra la tiranía es un derecho personal” (Saint-Just); “No queremos condenar al rey, queremos matarlo” (Danton); “Luis debe morir para que la patria pueda existir” (Robespierre).

criminalidad. Como señala Klossowski, hay en Sade toda una “utopía del mal”. Sade quiere denunciar las fuerzas oscuras disfrazadas de valores sociales sobre los que se erige la República. Quiere demostrar que la rebelión de los revolucionarios contra la iniquidad, significaba estar excluido de la práctica de iniquidad (Cf. *ibíd.*: 61). Contra la visión de que un gobierno republicano representa un progreso para la humanidad, Sade extrae como consecuencia la destrucción de la humanidad. Porque un gobierno erigido sobre el crimen sólo puede generar más crímenes.

Ante este diagnóstico, la primera solución de Sade es rechazar el pacto social que, por un lado, es protección de los débiles, ya que vendría a suplir las desigualdades de hecho convirtiéndolas en igualdades de derecho. Y por otro, una amenaza para el fuerte, porque si bien la ley es servicial al despotismo, no obstante, ella representa el poder. Por lo cual, oprime al fuerte aún cuando le sirva (Cf. Blanchot, 1977: 26). Es en este sentido que Corazón-de-Hierro expresa en *Justine*:

“Todos los hombres nacieron aislados, envidiosos, crueles y déspotas, deseosos de tenerlo todo y no ceder nada (...) sostengo que hay dos tipos de individuos que jamás debieron someterse al él: aquellos que, sintiéndose más fuertes, no tenían necesidad de ceder nada para ser felices, y aquellos que, siendo los más débiles, tenían que ceder infinitamente más de lo que se les otorgaba. Y el caso es que la sociedad sólo está compuesta de seres débiles y de seres fuertes (...) el estado de guerra, que existía antes, debía resultar infinitamente preferible” (Sade, 2008: 61).

El rechazo al pacto social es lo que Foucault identifica en el curso *Los anormales* como el “monstruo político” –primera manifestación del *monstruo moral*, de una monstruosidad que se inscribe en el comportamiento–, quien rechaza el pacto social en favor de su interés. Lo que caracteriza al concepto de monstruo es que siempre su marco de referencia es la ley. “Se trata de una noción jurídica, pero entendida en un sentido amplio, ya que no concierne únicamente a las leyes de la sociedad, sino que también se refiere a las leyes de la naturaleza” (Foucault, 1996: 61). La monstruosidad es siempre una violación a la ley y una excepción, de allí que en su aparición (recordemos que la etimología del término monstruo remite a *mostrare* o *mostrar*, lo que señala una diferencia, lo que es imposible ocultar) pone en cuestión la ley. Como expresa Foucault, el “monstruo es lo que combina lo imposible y lo prohibido” (Foucault, 2000: 61), es decir, excepción y violación<sup>4</sup>. La criminalidad sería entonces la ruptura del pacto social, entendido como interés general, y, por tanto, su proximidad con la monstruosidad se vuelve

---

<sup>4</sup> No obstante, el monstruo político debe ser entendido como un elemento positivo –no externo– al ejercicio de poder representado en el discurso de la ley. Véase Torrano (2008).

evidente. El monstruo es el hombre soberano, quien no reconoce a nadie ni nada por sobre él o su interés. De acuerdo con esto, en *La filosofía en el tocador* Dolmancé señala:

“Las leyes no han sido hechas para lo particular sino para lo general; esto las coloca en una contradicción perpetua con el interés, dado que el interés personal siempre contradice el interés general” (2002: 118).

Pero en Sade la criminalidad reivindica principios contradictorios: para algunos personajes la desigualdad es un hecho natural, por lo cual se debe elogiar la tiranía; mientras que para otros –por ejemplo la Dubois– la naturaleza nos ha hecho iguales (en el crimen), si el destino perturba esta igualdad originaria debe ser corregido. Es en este sentido que Foucault manifiesta que en las novelas de Sade se encuentran dos tipos de monstruosidad. El monstruo que abusa del poder: el príncipe, el señor, el sacerdote, y el monstruo de naturaleza salvaje: el bandolero, el hombre de los bosques, el ladrón. Habría un acoplamiento entre la monstruosidad del poderoso y la monstruosidad del hombre de pueblo, la monstruosidad del ministro y la del insurgente, e incluso complicidad entre uno y otro (Cf. Foucault, 2000: 102-103).

En una carta Sade manifiesta:

“Soy anti-jacobino; los odio a muerte. Adoro al rey, pero detesto los antiguos abusos; amo un gran número de artículos de la constitución, pero otros me revuelven. Quiero que se devuelva a la nobleza su esplendor porque quitárselo no conduce a nada; quiero que el rey sea el jefe de la nación; no quiero Asamblea Nacional sino dos cámaras como en Inglaterra, para que el rey posea una autoridad mitigada (...) ¿Qué soy en la actualidad? ¿Aristócrata o demócrata? Vos me lo diréis, si os place... porque yo no lo sé” (citado por Bataille, 2000: 157-158)<sup>5</sup>.

Sade pretende revelar que los *Derechos del Hombre* proclamados en la Revolución Francesa, que implican el “respeto del hombre por el hombre”, en realidad ocultan la servidumbre porque se priva al hombre de sus momentos soberanos. Por ello, contra estos derechos, Sade declara los *Derechos del erotismo* (cf. Blanchot, 1977: 111), cuya máxima es *darse a todos los que lo desean y tomar a todos los que se quiera*. Ejemplos de la primera sentencia se pueden encontrar en *La filosofía en el tocador* (especialmente, en los consejos de Dolmancé y de la Mme. de Saint-Ange a Eugenia) y en *Juliette*, y de la segunda en *Justine* (donde sus múltiples verdugos demuestran una infinidad de modos de sometimiento).

Sade quiere mostrar que bajo los principios republicanos de igualdad y de libertad lo que en realidad se encuentra es la igualdad como “derecho de disponer igualmente de todos los seres” y que la libertad “es el poder de someter a cada uno a nuestros deseos” (Ibíd.: 21). En

---

<sup>5</sup> Según Apollinaire en su biografía del marqués Sade “era un verdadero republicano, admirador de Marat, pero enemigo de la pena de muerte y que tenía ideas propias en política” (1998: 183)

términos de Bataille, hay en Sade una “Filosofía de la voluptuosidad” donde el nacimiento y la muerte se encuentran y donde el hombre completo se confirma a sí mismo (Cf. Bataille, 2008: 92-93). Y esta voluptuosidad es tanto más fuerte cuando se da en el crimen, y cuanto más insostenible es el crimen, mayor es la voluptuosidad. Por lo cual, crimen y voluptuosidad se encuentran en una relación directamente proporcional. Según Klossowski: “la aspiración de experimentar *todas las formas de goce imaginables*, a convertirse en el sujeto capaz de agotar *la totalidad de las experiencias posibles* cuando esa totalidad de lo posible no se puede alcanzar nunca y lo *posible* es de hecho *imposible de agotar*”, es la “monstruosidad íntegra” (Klossowski 2005: 141). Las palabras de Grancourt en *Las 120 jornadas* son elocuentes en este sentido:

“Soy un monstruo, soy un criminal; no hay infamia que no haya cometido y que no esté dispuesto a cometer de nuevo. Vaya, sus golpes son inútiles; no me corregiré jamás, encuentro demasiada voluptuosidad en el crimen. Aunque me matase volvería a cometerlo. El crimen es mi elemento, es mi vida, en él he vivido y en él quiero morir” (Sade, 2006: 164).

### III. Conclusión

El soberano sadeano es el hombre que para escapar a las prohibiciones que imponen la ley, la moral y la religión debe destruir a sus semejantes. La afirmación de sí a partir del ejercicio de un poder infinito y de una soledad total que sólo puede ser alcanzada mediante el crimen, constituye al soberano sadeano como un “monstruo”. Un monstruo que no reconoce el pacto social, porque no habría con quién pactar, ni por qué pactar, y que sigue sus pasiones sin que pueda alcanzar el mal, porque no hay a quien hacerlo. No obstante, como advierte Bataille el pensamiento de Sade es artificial, porque nadie puede fundarse en una soledad absoluta. Los vínculos sociales, aún negándolos, nos hacen ser quienes somos. El soberano sadeano, por tanto, sólo puede ser experimentado en la literatura. Pero lo que tiene de real es la negación en la que se funda (Cf. Bataille, 1997: 174). Sin embargo, es indudable que el pensamiento de Sade nos obliga a poner en cuestión lo que somos, como dice Foucault, para saber quienes somos (Foucault, 2002). Pero además, la reflexión sobre la obra del marqués de Sade nos muestra que la soberanía no se ejerce sobre un territorio sino sobre los cuerpos. En este sentido, podemos decir, que Sade inaugura una de las reflexiones centrales del pensamiento biopolítico.

### Referencias

Apollinaire, G. (1998) “El divino marqués”, en *Los demonios de amor*, Buenos Aires: Editorial Vinciguerra.  
Barthes, R. (1997) *Sade, Fourier, Loyola*, Madrid: Cátedra.



- Bataille, G. (1996) *Lo que entiendo por soberanía*, Barcelona: Paidós.
- (1997) *El Erotismo*, Barcelona: Tusquets
- (2000) *La Literatura y el mal*, Ediciones El aleph.com– Copyright www.elaleph.com
- (2008) *La Felicidad, el Erotismo y la Literatura. Ensayos 1944-1961*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires.
- Blanchot, M. (1977) *Sade y Lautréamont*, Buenos Aires: Ediciones del Mediodía.
- Foucault, M. (1996) “Los anormales”, en *La vida de los hombres infames*, La Plata: Editorial Altamira.
- (2000) *Los anormales*, Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- (2002) “¿Qué es la ilustración?”, en *¿Qué es la ilustración?*, Córdoba: Alción Editora.
- García, G. (S/F) “No hay regulación política del goce”, en <http://www.descartes.org.ar/>
- Klossowski, P. (2005) *Sade mi prójimo*, Madrid: Ediciones Arena, 2005.
- (2006) “El monstruo”, en *Acéphale. Religión/Sociología/Filosofía*, Buenos Aires: Caja Negra.
- Roudinesco, É. (2009) *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Buenos Aires: Editorial Anagrama.
- Torrano, A. (2008) “El monstruo político, una figura de la soledad y el poder”, en Galfione, V. y M. Santucho (Comps.), *Cuadernos de Nombres N° 5*, Córdoba: Editorial Brujas, pp. 219-226.
- Sade, D. [1782] (2005) *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- [1785] (2006) *Las 120 jornadas de Sodoma*, Buenos Aires: Tusquets Editores.
- [1787] (2008) *Justine o Los infortunios de la virtud*, Buenos Aires: Tusquets Editores.
- [1787] (2005) *La Verdad*, Buenos Aires: Atuel.
- [1795] (2002) *La filosofía en el tocador*, Buenos Aires: Tusquets Editores.
- [1798] (2003) *Juliette*, Buenos Aires: Editora AC.